

# JUAN SASTURAIN

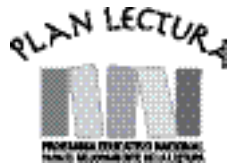
La gloria de ser difícil  
Banderín solferino

# LA GLORIA DE SER DIFÍCIL

JUAN SASTURAIN

"La gloria de ser difícil" y "Banderín solferino" de Juan Sasturain  
en *El día del arquero*. Ediciones de la Flor, 1985  
© Ediciones de la Flor, S.R.L.

Diseño de tapa y colección: Plan Lectura 2008  
Colección: "Escritores en escuelas"



## Ministerio de Educación

Secretaría de Educación  
Unidad de Programas Especiales  
Plan Lectura 2008  
Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires.  
Tel: (011) 4129-1075/1127  
planlectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/planlectura

República Argentina, 2008

Entrañable e inseparable de nuestro universo infantil, el juntar figuritas es una experiencia única, fundadora: con ellas se aprenden los números antes que en la primaria, se reconocen los mecanismos de funcionamiento del mundo -la lógica de la oferta y la demanda, la interdependencia del trueque, la compulsión del consumo- se saborea el vértigo del riesgo en el juego, se envidia y se aprende la jactancia, el orgullo de llenar un álbum, de conseguir "la única que me falta". Se acostumbra a perder, también.

Escuela de educación social, los pibes aprenden -aprendimos- las diferencias de clase por el poder adquisitivo de figuritas antes que por otra cosa: siempre hay alguno en el barrio que "se compró una caja" y llenó el álbum en dos días.

Entre el cartón escenográfico del fútbol-espectáculo y el otro cartón, el de la tapa de "El Gráfico", el futbolista de carne y hueso no dudará en el momento del balance: ni la una ni la otra. El privilegio de ser un símbolo, casi una estampita entre los dedos sucios de uñas comidas en un



destino insuperable. Como lo he sabido de un oscuro volante que pasó por Lanús alguna vez y que nunca fue reportaje o nota a color. Cierta vez me apuntó con el dedo señalándome el pecho, el lugar donde yo debería guardar la sin duda valiosa confesión y me dijo:

–Yo, pibe... en el '56 fui figurita difícil.

Luego de las últimas batallas válidas para el corazón del hombre -contra sí mismo, contra el olvido, por amor, por la esperanza- un rostro borroneado en un rondel de cartón es la medalla mayor que ningún coronel puede ostentar, pero sí cualquier penoso insider acosado por un retiro efectivo sin cargos ni galones. Porque los caminos de la gloria son insondables como las gambetas de Rojitas o el bolsillo más profundo y lleno de pelusas de la infancia donde guardábamos las figuritas Starosta.



## BANDERIN SOLFERINO

**M**oralejo puso una extraña pelota -extraña para él- a las espaldas del cuatro mendocino y allá picó Carlitos Bianchi mientras el arquero y el flaco de la cueva levantaban manos infructuosas, lo miraban mendigando el gesto, cuidaban el empate como a un hijo.

Pero Isidro Balestra -los ojos, el aliento implacable de la hinchada de Vélez en la nuca- corría, el elocuente banderín pegado al tobillo, acompañaba habilitando el pique del reiterado goleador, esperaba el desenlace. Y hubo un centro pasado, Larraquy que llega forzado al segundo palo, cabezazo por arriba y todo el mundo uuuuh de la tribuna encima y detrás de Balestra.

Miró el tablero y pensó ya se acaba. Retomó el trote y entonces lo oyó, clarito, ahí atrás.

–Por qué no levantaste la bandera, hijo de puta.

Balestra se dio vuelta y ya no dudó. El cuatro estaba lejos, volvía rengo y dolorido de una arada inútil. El banco de los visitantes estaba más lejos aún. Y el último hincha mendocino había dicho sus últimas palabras al promediar el primer tiempo, también allá lejos, mucho más lejos todavía. Esa tarde, Vélez era dueño de





todos los ruidos y los gritos menos de ese explícito susurro. Y ya no dudó. Sencillamente, supo quién era. Y se quedó en el molde.

El referí avisó que dos minutos más. Hubo un lateral para el visitante ahí, a los pies de Balestra, y el rengó tardó un lustro en llegar.

Amagó y amagó; al final se la tiró un poco larga al dieciséis, un pibe todavía frío, recién entrado. Ischia lo madrugó, puso la gamba fuerte, tiró la pelota adelante y se fue. El arquero mendocino salió como los bomberos.

La pelota entró al área por el vértice, con Ischia un poco lejos, forzado. El arquero -todo el barro de las dos áreas de esa tarde lo tenía encima- había ganado varios mano a mano y venía por uno más, casi en el aire, perfilado para el vuelo arrastrado. Y llegaron juntos.

Hubo un choque frontal y desparramo. Mientras se desenredaban, la pelota salió para arriba, picó y se fue para el arco. Sólo dos jugaban ahí. Dos y Balestra, pegado a la raya, diez metros más allá. El resto estaba lejos, hasta el referí que trotaba esperando la hora.

Pero todavía faltaba.

Penosamente se rehicieron y el volante ganó un tiempo, consiguió el armado mínimo de la vertical como para acomodarse y mandarla adentro. Todo Vélez empujaba el pie embarrado.

Pero todavía faltaba.

Como en una cámara lenta infernal y analítica, el arquero se paró, se jugó la mano y la vida en el gesto último y metió el manotazo ahí, justo y final. Y mientras Ischia caía, toda la hinchada de Liniers caía con él en el grito de la apelación, el mendocino se embarazaba con la pelota, rodaba y se aferraba a ella, dueño del partido y de la tarde.

Pero todavía faltaba.

Sonó el silbato. Balestra miró al referí y tembló. El árbitro lo miraba a él, testigo de cargo, espectador privilegiado, palabra, banderita autorizada. Y el referí se venía, hacía gestos de espantar moscas, torcía levemente la diagonal hacia donde Isidro Balestra era el punto final del recorrido de la procesión que se encolumnaba tras de un ambiguo fraile negro. Ya estaba a cinco metros y elástico lo miraba a los ojos con hipócrita ruego.

Pero todavía faltaba.

Porque precisamente en ese momento, por encima o debajo del clamor que bajaba de las populares, de las puteadas que saltaban de los grupos de jugadores como saltan las pulgas de un perro, lo oyó otra vez, clarito, inapelable a sus espaldas:

—Guarda con lo que decís, hijo de puta. No fue penal: el arquero no lo tocó.



Cuando Isidro Balestra tomó el tren en Liniers eran las 20.25. El vagón estaba lleno de gente cansada y nadie prestó atención al hombre del bolso Adidas y la curita y los anteojos negros prestados, que leía la sexta con dificultad.

Si Vélez había empatado cero a cero y el escándalo sobre la hora le costaría la suspensión de la cancha; si el árbitro Feola no había sancionado un evidente penal a favor del local luego de consultar con el lineman; si los desbordes habían terminado en pedrea y agresión contra "las autoridades del match"; si el director técnico del equipo de Liniers se quejaba arbitrariamente de los arbitrajes; si a él le dolía mucho la ceja derecha, a nadie le importaba ya.

Como un ladrón, ocultaba en el bolso las evidencias de su participación en el hecho: un pantaloncito y camisa negras, un escudito. Lástima que no le dieron la banderita solferino, suerte que su mujer no estaría en casa y podría ver tranquilo el partido por TV, podría verle un poco mejor la cara al oficial de policía que lo puteó toda la tarde desde el borde de la cancha, ahí, junto a él, con ese perro amenazante y sin duda mendocino; podría ver realmente si fue o no penal del arquero, podría verse caer bajo el pie y oír qué decía Macaya Márquez.

Cuando su mujer regresó esa noche, tarde y con una maceta, como siempre que iba a Moreno a lo de su hermana, Isidro Balestra, banderín solferino, estaba dormido frente al televisor encendido. Ischia picaba, adelantaba la pelota, salía el arquero mendocino y había un choque.

La mujer apagó; el fútbol la aburría.



---

## Juan Sasturain

---

Vive y trabaja en Buenos Aires. Es profesor de Literatura egresado de la UBA. Escribe ficciones, poesía y ensayos. Entre 1985 y 1989 publicó tres novelas policiales protagonizadas por el veterano detective Etchenike: *Manual de perdedores I y II* y *Arena en los zapatos*. En el 2008 aparece *Pagaría por no verte*, relato en el que regresa el detective.

A principios de los noventa vivió en Barcelona y de esa época son las novelas *Parecido S.A.* y *Los dedos de Walt Disney*. Al regreso, la novela *Los sentidos del agua* (1992) apareció en Buenos Aires. Posteriormente reunió sus cuentos en *Zenitram* (1996) y *La mujer ducha* (2001). Sus más recientes novelas son *Brooklyn & Medio* -para el público juvenil- y *La lucha continúa* (2002). Su último libro es *Los galochas, esa gente exagerada*, ilustrado por Liniers y editado en el 2007 por Sudamericana.

Especializado en géneros y literaturas marginales -fue responsable de las revistas *Superhum(R)* y *Fierro*, entre otras- ha escrito ensayos sobre historieta y humor gráfico -*El domicilio de la aventura* (1995) y *Buscados vivos* (2003)- y sobre el mundo del fútbol: *El día del arquero* (1985), *Wing de metegol* (2004), *La patria transpirada* y *los cuentos de Picado grueso* (2006). Además, reunió su poesía por primera vez en *Carta al Sargento Kirk* y *otros poemas de ocasión* (2005).

Con el cuento "Con tinta sangre" ganó en 1990 el premio de la Semana Negra de Gijón. Sus novelas policiales se publican en la Serie Noire de Gallimard y la serie de historietas Perramus -saga de cuatro volúmenes con guión suyo y dibujada por Alberto Breccia a lo largo de los ochenta, Premio Amnesty Internacional 1988. En el 2006, De la Flor publicó por primera vez en castellano la entrega final de la serie: *Perramus. Diente por diente*. Periodista desde 1971, hace más de diez años que Sasturain es editor en el diario *Página /12* de Buenos Aires, donde ha comenzado la segunda época de la revista *Fierro*. Conduce, por Telefé, el programa Ver para leer, ya en su segunda temporada.

### ¿Querés saber más de este autor?

[portal.educ.ar/noticias/entrevistas/juan-sasturain-ver-para-leer-1.php](http://portal.educ.ar/noticias/entrevistas/juan-sasturain-ver-para-leer-1.php)

[www.educared.org.ar/biblioteca/guiadeletras/?cat=395](http://www.educared.org.ar/biblioteca/guiadeletras/?cat=395)

---

**Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.**



Ministerio de  
Educación  
Presidencia de la Nación

JUAN SASTURAIN



cfce  
Consejo Federal  
de Cultura y Educación